



LA LIRA MEXICANA,

POR DON JUAN DE DIOS PEZA.

I



El Señor D. Juan de Dios Peza, segundo secretario de la Legacion Mexicana en Madrid, ha publicado en aquella corte, con el título que encabeza estas líneas, una coleccion de poesías de autores contemporáneos. — Todo lo que contribuya á darnos á conocer en el extranjero; todo lo que se haga para revelar nuestra cultura, nuestros afanes y trabajos, nuestras glorias, y tambien nuestros elementos de riqueza y de ilustracion, merecerá siempre los más entusiastas elogios de todos los mexicanos agradecidos; y yo no puedo ménos de felicitar sinceramente al Sr. Peza por su patriótico interés en favor de la literatura de México, por más que la manera con que ha ejecutado su obra esté muy léjos de satisfacer y de alcanzar la aprobacion de personas competentes. Las observaciones que me voy á permitir estampar en seguida, son el eco de las que he oído á algunas de ellas.

España, aunque se hayan roto los vínculos que en un tiempo la unieron á América, ha visto siempre con maternal cariño nuestra suerte, lamentándose de nuestras desdichas é interesándose vivamente por nuestra felicidad y bienestar; ha seguido paso á paso nuestra vida de nacion independiente; ha visto con júbilo nuestras conquistas en el campo del saber y de la inteligencia; ha recibido gozosa los frutos de nuestra literatura, hija de la suya, y más de una vez ha honrado con patentes señales de distincion y de benevolencia á hombres notables de nuestro país. España, por lo mismo, tiene hácia México especial y cariñosa predileccion; porque sabe tambien que aquí se hace justicia á su mérito, se recuerdan con gratitud sus gloriosas tradiciones en el Nuevo Mundo, y se admiran y se estiman debidamente todos los hechos con que durante tres siglos acreditó su amor y su solicitud de madre. ¿Cómo, pues, ha de ver con indiferencia el estado actual de nuestra literatura? ¿Cómo no se ha de interesar en todo lo que á este respecto se le diga y se le presente?

En todas las naciones hispano-americanas son conocidas y leídas con agrado las selectas producciones de los poetas y escritores de la Península; y en México estamos acostumbrados á admirar la vigorosa y elevadísima inspiracion de Núñez de Arce, la gracia y profundidad de Campoamor, el ingenio, la ciencia y elegancia de Valera; todas las cualidades, en fin, que enriquecen y engalanan la moderna literatura castellana. Pero allá no se conoce nada de lo que aquí tenemos, y los nombres de nuestros más

ameritados escritores sólo son pronunciados de vez en cuando en el gabinete de algun erudito ó en la sala de alguna docta academia.—De aquí viene, pues, la necesidad que hay de presentar en España muestras de nuestra literatura, composiciones debidas á nuestros poetas, cantos que den idea de la inspiracion, dotes literarias y aventajado cultivo de los ingenios mexicanos.

## II

Quiso el Sr. Peza satisfacer esa necesidad, y formó y publicó su coleccion; pero por desgracia, ó no tuvo á su alcance todos los elementos que para esta clase de labores se han menester, ó se dejó llevar de sus simpatías para colocar en su libro á poetas que no lo merecen, y de sus preocupaciones de partido para excluir á los que faltan, y señalar á otros humildísimo lugar.—Si fué lo primero, creo que el Sr. Peza debió esperar hasta tener reunidas las composiciones más selectas y de verdadero mérito que enriquecen el Parnaso mexicano, pues que ni la publicacion urgía, ni debía hacerse con materiales que, léjos de dar á conocer los tesoros de nuestra literatura, sólo sirvieran para desacreditarla. Si lo segundo, esto es, si el Sr. Peza se dejó llevar de sus simpatías ó de sus preocupaciones personales, debo manifestar con toda franqueza que semejante conducta me llena de pesadumbre y extrañeza. ¿Llegan acaso, pueden llegar al campo de las letras, los ágrios resentimientos de las opiniones políticas? ¿Hay

C.—29

por ventura algo más neutral, más pacífico y más noble que el ameno y florido huerto de la poesía? Perdóneme el Sr. Peza; pero creo que debió ahogar un poco los arranques amistosos de su corazón, y desprenderse otro tanto de sus preocupaciones, para que en su libro se registrasen únicamente composiciones de reconocido mérito, fuera quien fuese su autor. Así su trabajo habría sido completo, y se vería que en él le habían guiado la más severa imparcialidad, el gusto más exquisito, y el firme propósito de honrar á nuestra patria en el extranjero, presentando tan sólo las obras de nuestros escritores que lo merecieran.

En España, todos debieron creer, al abrir *La Lira Mexicana*, que encontrarían en sus páginas la fiel y viva expresión de la literatura de un pueblo que les es tan simpático; las armonías y espléndidas galas de la afamada tierra americana; el eco de las aspiraciones de una sociedad joven todavía, y que lleva en sus venas sangre de Cortés, de Cuauhtemoc y otros héroes inmortales. Mas, de todo esto hay muy poco, casi nada, en la colección que vengo examinando. —No: allí no está representada nuestra literatura, nuestra poesía, como debieran y pudieran estarlo: faltan muchos nombres de verdaderos poetas, faltan innumerables producciones de elevadísimo mérito que las honran y enaltecen dignamente. ¡Pobre y escasa de armonías sería en verdad la lira mexicana, si tan sólo como las que en este libro se registran hubiese producido! Una literatura que ha tenido por modelo la española, que se ha vigorizado con la imita-

ción de los clásicos, aspirando á formar poetas correctos y de buen gusto, no es creíble que se halle sin autores de limpia y correcta dicción, de brillantes pensamientos, de entonación grave y elevada, digna de los nobles asuntos en que se inspira la poesía.

### III

Cincuenta y nueve poetas ha coleccionado el Sr. Peza en su libro, y de éstos la mayor parte son jóvenes que casi puede decirse han comenzado ayer sus ensayos. En sus composiciones se encuentran defectos gravísimos que deslucen notablemente las buenas dotes que en ellos suelen revelarse: ya es una figura impropia y de mal gusto que pudieron evitar el estudio, el cuidado y el conocimiento de los buenos modelos; ya son estrofas prosáicas, giros violentos, y ausencia completa de inspiración; lo cual hace que muchas composiciones sean indignas de figurar en una colección que se presenta como muestra de la poesía de un pueblo. —Por otra parte, casi todas las composiciones elegidas por el Sr. Peza son de un mismo género, —eróticas y descriptivas; —y esto naturalmente da á aquellas páginas cierta monotonía que fatiga y empalaga al lector. ¿Por qué no procuró el Sr. Peza imprimir variedad á su colección, formándola de piezas de distintos géneros poéticos, puesto que su objeto era dar á conocer las flores más valiosas del Parnaso mexicano? De esta manera, repito, su trabajo habría sido de verdadera y trascendental utilidad, habría tenido más impor-

tancia é interés, y habría, por último, llenado debidamente su objeto.

Y para que no se diga que aventuro esta observacion, haré notar que ya D. Manuel de la Revilla, autorizado crítico de Madrid, manifestó en el artículo que dedicó al libro del Sr. Peza, que: "pocos son los poetas mexicanos que buscan su inspiracion en las altas cimas de la ciencia y en los graves problemas de la vida;" y que: "abundan en cambio los que sólo cantan las bellezas de la forma, tal cual en la naturaleza se revela; ó el sentimiento del amor voluptuoso en que se abrazan sus corazones."

Es indudable que á muchas composiciones que se registran en *La Lira Mexicana* dió cabida el Sr. Peza, llevado únicamente de sus afectos particulares de amistad; pues solo así se comprende que obras de gran mérito que habría sido fácil hallar, hayan sido sustituidas por otras que carecen de inspiracion, de naturalidad y hasta de modesta sencillez. En este libro se echan de ménos los nombres del Ilmo. Sr. Obispo Montes de Oca, intérprete fiel de los clásicos griegos; del Sr. Arango y Escandon, cuyos versos tienen todo el sabor de la poesía castellana del siglo XVI, por su sobriedad, pureza é intachable correccion; del Sr. Pesado, de D. Casimiro Collado, y otros, formados y educados en el estudio de los grandes maestros del lenguaje. ¿Fueron excluidos por sus opiniones políticas y religiosas? No quiero creerlo; pues si el terreno de la poesía no es neutral, ¿á cuál otro podremos darle ese nombre? ¿Fué un simple olvido?

Además de las obras de estos autores, cuya

ausencia en el libro del Sr. Peza es lamentada sinceramente por los que conocen su mérito, faltan tambien en él otras composiciones, quizá las mejores, de algunos poetas comprendidos en la coleccion, como sucede con los señores Roa Bárcena, Carpio, Córdoba (D. Tirso Rafael), Segura, y otros; pero sobre esto no insisto, porque tal vez el Sr. Peza no las tuvo á su disposicion en tiempo oportuno, ó porque su gusto particular hizo la eleccion.

No deben halagarnos mucho los elogios tributados por algunos notables escritores españoles á la poesía mexicana, y que se registran al fin del tomo; pues sabidos son el cariño, la simpatía, el interés con que son acogidos en la Península los trabajos literarios procedentes de las Américas españolas; y debemos lamentar únicamente que en esta *Lira Mexicana* no esté representada nuestra poesía de una manera digna.





## "ROMANCES DRAMÁTICOS,"

POR DON JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

### I



La literatura mexicana no puede florecer en esta sociedad que lo ve todo con indiferencia, aquí donde dominan inclinaciones y gustos que no se avienen bien á lo que necesitan los individuos para ir por la senda de la cultura, de la ilustracion, del progreso intelectual.—La frivolidad ea unos, la ignorancia en otros, el descuido con que ven todos aquello que podía apartarlos del vulgo, son la causa de que pasen inadvertidos ciertos trabajos ó acontecimientos, dignos á la verdad de ocupar la atencion de quienes se precian de ilustrados. La prensa, ocupada siempre en cuestiones de escaso interés público, agitada por las pasiones políticas, desahogando sus iras y sus ódios personales en un lenguaje que es desdoro de la importancia que ella misma se da; la prensa, que debía ser la primera en ilustrar la opinion, en señalar el mérito, en ensalzar los esfuerzos que

se hicieran en pro del buen nombre de nuestra patria; la prensa guarda silencio ante lo que es señal segura del talento, de la inspiracion y laboriosidad de algunos de nuestros escritores, —y parece que no concede novedad ni utilidad, á lo que va siendo ya sumamente raro entre nosotros: la aparicion de un libro. Apénas si se digna avisar en un párrafo de gacetilla que ha recibido el obsequio del autor, concluyendo con estas palabras de estampilla: “Aún no hemos tenido tiempo de leer la obra; pero lo harémos en breve, y quizá pronto trataremos de ella. Entre tanto, damos las gracias por el obsequio.”—El autor espera meses y meses el juicio ofrecido, creyendo que alguna enseñanza sacará de él; mas espera en vano, porque la opinion del periodista no se manifiesta nunca. ¡Y el desden es la única correspondencia que recibe; el silencio en cambio del ejemplar que regaló!

Ahora bien; yo pregunto: si los escritores que están en la prensa no han de dar su juicio sobre las obras que se les remiten, cumpliendo así con uno de los deberes del periodismo, ¿en virtud de qué derecho las reciben entónces? ¿para qué creen ellos que se les distingue con esa atencion? ¡Cuán de desear es que tan fea costumbre vaya desapareciendo de la prensa! Y esto, por el crédito de ella misma, por el bien de los autores que publican libros, sabe Dios á costa de qué sacrificios, y por bien igualmente de nuestra literatura, que con la crítica progresaría algo. De otro modo, no habrá estímulos nunca para nuestros literatos, y ya que aquí por desgracia es un sueño querer sacar ventajas pe-

cuniarias de lo que se publica, bueno sería al ménos que los escritores recogieran siquiera un consejo de la crítica, ó algunas palabras de benevolencia que los alentaran y animaran.

## II

Me ha sugerido estas reflexiones, y otras muchas que sería impertinencia exponer en este artículo, el precioso tomito que con el título de *Romances dramáticos*, acaba de dar á luz nuestro inspirado poeta D. José Peon y Contreras; y siquiera sea por rendir un tributo á la justicia y al mérito, ya que no por alabar lo que por sí mismo se alaba, voy á decir algo acerca de ellos.

Catorce leyendas forman la coleccion, y aunque cortas, son todas riquísimas joyas en que galanamente se ostentan las más exquisitas y delicadas bellezas. Es la primera, en mi sentir, cierta originalidad en la forma, bajo la cual el poeta envuelve un verdadero drama, una catástrofe terrible y dolorosa, un poema en que se agitan las grandes pasiones del alma y se siente el suave soplo de los afectos más puros. La forma, digo, pero no refiriéndome precisamente al metro,—pues ya se comprende cuál ha de ser éste,—sino á la extension del romance, al corte de la composicion, á la manera empleada por el autor para exponer y desarrollar su pensamiento. En estas primorosas baladas (que tal parecen) no hay detalles; porque el movimiento de la accion, la rapidez del desenlace, la violencia y precision con que se destacan las figuras en la escena, exigen pocas pero enérgicas

pinceladas, y no consienten digresiones ni descripciones largas y minuciosas de lugares y de personas: son como aquellas lindas miniaturas cuyo mérito consiste en la exactitud, la limpieza, la gracia con que está reproducido el paisaje ó el cuadro, no obstante el pequeño espacio de que pudo disponer el artista. No hay tampoco allí referencias inoportunas á tiempos anteriores al drama que se desarrolla; nada que distraiga al lector de las escenas que el poeta le pone á la vista: todo es *actual*, por explicarme así, y sólo se asiste á la última catástrofe en que estalla una pasión ó un infortunio, al desenlace postrero de acontecimientos dolorosos.— Por lo demás, fácil es adivinar qué elementos son los que el Sr. Peon y Contreras emplea en sus romances dramáticos: el amor con sus ternuras, los celos con sus terribles estragos, la virtud con su poder y sus luchas con la tentación y el vicio, la energía de un corazón varonil, las tempestades que resultan de la honra mancillada, de la fé violada, de la esperanza perdida . . . todo eso que siente el alma en sus horas de dicha ó desesperación. ¡Y qué cuadros sabe dibujar de un solo rasgo; cómo nos transporta á aquellos tiempos lejanos del honor castellano, de los castillos solitarios y retirados, de las ciudades sombrías y silenciosas; qué fuerza de colorido hay á veces en las escenas que pinta, y otras, qué encantadora ingenuidad, qué adorable sencillez, qué inocencia, qué gracia!

III

Pero examinemos ya con más detenimiento los *Romances dramáticos*.

En *Doña Brenda* y en *Sancho Bermúdez de Astorga*, los dos primeros de la colección, se ven los desastres de los celos, tremendos, avasalladores, terribles; Doña Brenda da muerte á su esposo por una equivocación fatal, y Sancho Bermúdez al sorprender á su esposa en altas horas de la noche paseándose en el jardín con su amante, le da también la muerte, quedando después tan fría, tan espantosamente sereno, que

Dejó el arcabuz D. Sancho  
En un rincón de su alcoba  
Y fuese al lecho, y durmióse  
Hasta el rayar de la aurora.

A Margarita (tercer romance), quieren casarla contra su voluntad: va á la tumba donde descansa su madre, hace á ésta en medio de las soledades del templo las confidencias de sus desventuras, y con la turbación en que el dolor la tiene, cree que el eco que repite sus palabras, es la voz de su madre que le responde. Entónces le dice:

—Antes que partir el lecho  
Con quien el alma detesta,  
Quisiera bajo la losa  
Que tus despojos encierra  
Dormir, madre. . . . ¡Dime, madre,

Si no es mejor estar muerta.....  
—¡Muerta!.....—Reprodujo el eco  
De las bóvedas excelsas.  
—¡Muerta! exclamó Margarita.  
Bien, madre, esta noche mesma.

Se casa al fin la pobre niña; pero al ir el es-  
poso á la alcoba nupcial,

Margarita no contesta:  
Descorre los cortinajes....  
Margarita estaba muerta,  
Con la frente coronada  
De azahar y de azucenas.

Hay en este poemita cierto perfume de ine-  
fable melancolía y de ternura que conmueve  
hondamente.

*Ramiro Ramirez* es tambien el drama de los  
celos: ha dado muerte al que le robó la honra,  
mata delante del cadáver á la esposa adúltera,  
y luego dispone que en el templo pongan junto  
al féretro de ella un féretro vacío. La pena del  
caballero es profunda; amaba á su Berenguela  
con delirio; era su contento, su alegría.....  
¿Qué hará ahora solo sobre la tierra?—Viéndola  
muerta, le dice con amargo acento:

—Há un año tierna y sencilla,  
Velado en casto rubor,  
Me diste un beso de amor  
En esta misma capilla.  
Y hoy de mi pena al exceso  
Vengo en brazos de la muerte  
Berenguela, á devolvarte  
Aquel dulcísimo beso

Y concluye el poeta:

En los labios de la muerta  
Los suyos puso el mancebo;  
Se oyó un rumor misterioso  
Por las bóvedas del templo,  
Y tras un postrer gemido,  
Tal vez de remordimiento,  
Rompió su cárcel el alma.....  
Cayó Ramiro en el féretro.

*Doña Blanca* es un canto dedicado á la cas-  
tidad de la viuda, al amor materno, á la dama  
que cuida de su honra y de su decoro, y sabe  
defenderlos.

Sola está la noble viuda  
En su sombrío retrete;  
La servidumbre reposa  
Y el tierno vástago duerme.

Allí es sorprendida por el infame que quiere  
manchar con el crimen la limpia blancura de  
sus tocas: pero doña Blanca, ante el violento  
peligro, ante la deshonra que la amenaza, ante  
la cuna de su hijo, de la cual quiere apoderar-  
se el vil para vencer su voluntad,

El arma rápida clava  
En la espalda de Meneses.

En este romance, de un sabor clásico, se sien-  
te palpar el noble corazón de las antiguas ma-  
trones castellanas, enérgicas, viriles, arrogantes  
con el poder de su virtud.—Es una de las me-  
jores composiciones del tomo.

*Sor Ana* y *Doña Elvira* son dos dramas tre-

mendos de familia. En el primero, lucha el corazón de una doncella que ama, á quien su hermano aborrece, con el de éste; la muerte desata con una catástrofe esta situación. En el segundo, un hijo lava con sangre la deshonra de quien cree que es su padre; pero ¡ay! al hacerlo se mancha las manos con un doble crimen.

IV

Apartemos ya la vista de estos cuadros sombríos y sangrientos que lastiman el corazón, y detengámonos en dramas de otro género, dramas interiores, *subjetivos*,—que se dice ahora.

Allí está Gabriela, sola, triste, inquieta, á la orilla del mar, esperando á su amante que no llega. Viene al fin, pero no gozoso y feliz como otro tiempo, ántes desasosegado y mudo. La pobre niña le cuenta sus querellas; y con su inocente alborozo, en que se percibe cierta tristeza suave y apacible, le dice en tono de queja:

—¡No te he visto en siete noches!  
¡Aquí están las siete rosas  
Que conmigo te aguardaron!  
¡Que te cuenten mi congoja!  
¿Las quieres? Mira éstas, místicas,  
Marchitas y sin aroma;  
Mira ésta, que aún tiene vida,  
Aquí tienes la de ahora.

Pero el ingrato mancebo deshoja la flor, declara á la niña que ya no la ama, y ésta queda en la playa abandonada á su dolor....

Se figura que ha caído  
De su frente una corona,  
Que son pedazos de su alma  
Aquellas hojas de rosa....

Y el desenlace de este drama es tristísimo:

Rápida, como impulsada  
Por atracción misteriosa,  
Dirige el paso anhelante  
A la barca pescadora.  
.....  
Lo que pasó aquella noche  
Larga, negra y tempestuosa,  
Entre el abismo del cielo  
Y el abismo de las ondas,  
Dios lo sabe.—¡Al otro día  
Vieron una barca rota,  
Y el cadáver de Gabriela  
Junto á un peñón de la costa!

Este romance es por sí solo todo un poema de sentimiento y de ternura.

*Gil*, á mi juicio, es la mejor composición del tomo, porque no sólo campean en ella las ricas galas que resplandecen en las otras, sino porque deja en el alma una impresión más profunda y benéfica, hace derramar lágrimas de verdadera piedad, y hay, además, en su esencia, una intención moral que á primera vista no se percibe en los otros romances. Aquí la virtud inspira al poeta, derrama sobre la escena un resplandor celestial, y todo tiene que ser, como lo es, bello, conmovedor y verdadero. *Gil* es un joven, que abandonando á su esposa y á su hija, tierna niña que duerme todavía en la cuna, pasa la vida fuera de su casa..... ¡Dios sabe en qué! Aquella le dice:

¡No salgas, Gil, esta noche  
Que es de mi vida la última,  
Y cuando llore la niña  
Que está durmiendo en la cuna,  
Yo no podré levantarme  
A consolar su amargura!

.....  
¡No salgas, Gil, no me dejes  
Sola con mi horrible angustia  
En esta noche tan triste  
Que es de mi existencia la última!

Pero Gil se va, desoyendo cruelmente estos  
lamentos, porque como él dice á la pobre Te-  
resa,

Todas las noches la misma  
Cancion y la misma súplica,  
Y nunca acaba de abrirse  
Para tí la sepultura.

Ya en la calle, el duro esposo ve á dos no-  
vios que salen del templo unidos para siempre  
por el sagrado lazo; se turba, recuerda que en  
otro tiempo tambien salió él de allí llevando á  
su amada Teresa, radiante de felicidad y de her-  
mosura, y que ahora

La ha dejado sola y mística  
Tocando con mano fría  
Los dinteles de la tumba.

Presas entónces de atroces remordimientos,  
vuelve á su hogar; pero ¡ay! el ángel del Señor  
se ha llevado al cielo á la pobre mártir, y sólo  
está allí su cadáver.....

Convulso, desatentado.  
Arranca de su cintura  
Una hoja aguda y luciente.  
Que con fiera mano empuña;  
Mas cuando toca su pecho  
La fría acerada punta,  
Se oye en la cuna un gemido  
Que el mortal silencio turba.  
—¡Perdon, Dios mío!... Perdona,  
Teresa, el triste murmura,  
Y suelta el hierro.... y llorando  
Se postra al pié de la cuna.

Este final es digno de un gran poeta. ¡Qué  
doloroso contraste el del hogar desolado y la  
alegre comitiva de la boda! Y luego, aquella  
cuna de donde sale el gemido; la niña que des-  
pierta, la madre que yace en su lecho de muer-  
te.... y el esposo culpable, entre ambas.....  
¡Qué cuadro!....

Nada diré ya de los otros romancés *Eduar-  
do, Bojórques, Jaime Acuña y Juan Farriz*, por-  
que en sustancia tendría que repetir las mismas  
alabanzas, que sólo esto merece el libro del Sr.  
Peon. Sí quiero decir dos palabras acerca de la  
composicion última que se registra en el tomo.  
Titúlase *Alfredo*, y está dedicada á la memoria  
de un hermano del poeta.—“Es mi corto ro-  
mance, dice el mismo Sr. Peon, un débil grito  
que arranca á mi corazon el doloroso y profun-  
do sentimiento que se extinguirá con su último  
latido.” *Alfredo* es, en efecto, una elegía deli-  
cadísima, apacible, sentida, impregnada de no  
sé qué blando aroma de resignacion, mezclado  
á la honda tristeza que la muerte de un sér que-  
rido produce en quienes lo aman. La alegoría  
C.—31

de que se vale el poeta para explicar una desgracia doméstica, es en mi concepto ingeniosa y nueva, y revela un gran fondo filosófico.

En suma, el Sr. Peon y Contreras ha enriquecido nuestra literatura con una verdadera joya, y por ella sólo merece las más ardientes felicitaciones de la crítica.



«LA WALHALLA,»

POR DON JUAN FASTENRATH.

I

**E**L rey Luis I de Baviera, \* artista, poeta, de un carácter entusiasta y original, amante de la belleza en todas sus manifestaciones, amigo de los pintores, escultores y escritores, amable, soñador, y como tal, deseoso de gloria y de satisfacciones elevadas, dejó á su muerte un monumento grandioso que hará siempre grata su memoria entre el pueblo alemán, y que proporcionará á su nombre las augustas bendiciones de la patria. Ese monumento es la *Walhalla*, bellissimo y majestuoso palacio de mármol blanco levantado á las orillas del Danubio, en el monte Brauberg, cerca de la ciudad de Ratisbona, en el cual tienen un templo magnífico todas las glorias alemanas; mansion suntuosa y solemne, decorada con empero por las artes, donde los grandes hombres

(\*) Nació en Strasburgo el 25 de Agosto de 1786; falleció en Niza el 1º de Marzo de 1867.